

El templo de Angkor (Explanada de los Inválidos)

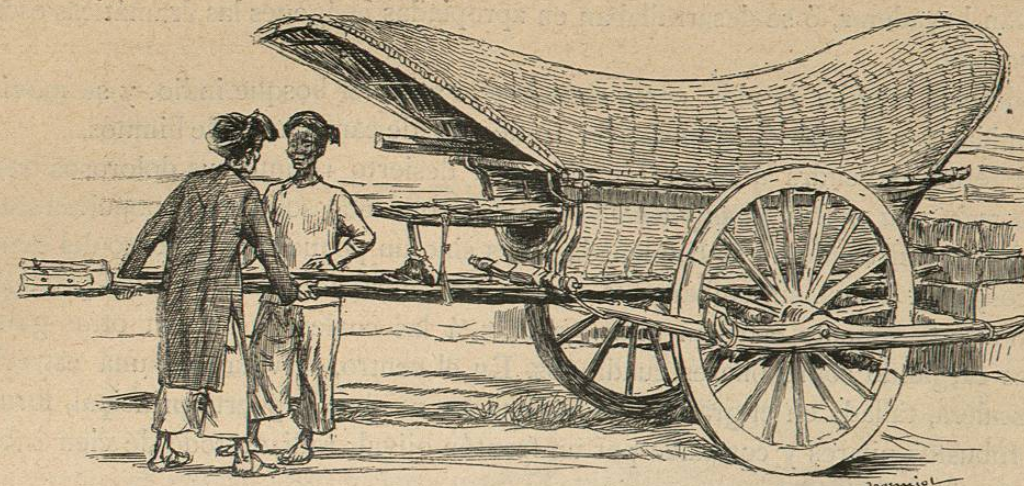
## VISTA DEL TEMPLO DE ANGKOR

En otro tiempo existió un gran pueblo á orillas del Cambodge: el pueblo de los Khmers. ¿Cómo desaparecieron de la escena del mundo aquellos hombres industriosos y audaces, amantes de los esplendores del arte y ambiciosos de toda gloria?

Habían edificado en sus ciudades templos, palacios y castillos, á los cuales se subía por majestuosas calzadas que bordeaban hileras de heroicas estatuas. Los edificios son como enormes vegetaciones de piedra, tan numerosos, tan delicados y grandiosos que casi se confunden con los bosques, tan indestructibles, que corroídos por el sol, la naturaleza y el abandono, continúan en pie, erguidos y orgullosos en su robusta mole.

¿Dónde encontrar las huellas de los hombres poderosos que los erigieron?

El olvido ha caído para siempre acaso sobre la raza de los Khmers.



Transporte cambodgiano

En el año de gracia de 1570, unos portugueses visitaron sus ciudades ya desiertas, y sus narraciones pasaron por fábulas para maravillar á los niños. De lo que hubiera sido aquel reino la humanidad no se acuerda ya.

Sin embargo, un día en nuestro siglo, el famoso sinólogo Abel Remusat hubo de leer en un libro viejo de la China un fantástico cuadro de Angkor la Grande, ciudad santa entre las ciudades y capital de los Khmers, hace quinientos años.

Cuando leyó el libraje, se encogió de hombros, sonriendo ante el prodigioso gasto de imaginación con que se evocaba á sus ojos una Tebas de cien puertas, creada por Titanes y joyeros en delirio.

«Los ángulos de los techos están incrustados de flores de oro y de plata; lianas de oro entrelazadas se extienden y corren por los capiteles de las columnas, cuyos intervalos están decorados con espejos, y bordados los entablamentos con bellos mosaicos de oro claro y bermejo... Las cúspides de las torres se aguzan resplandecientes de piedras preciosas y espejuelos que proyectan á gran distancia sus reflejos de viva luz... Por donde quiera que se mire, se ven preciosas esculturas y estatuas brillantes de mármoles finos, de oro y plata. En todas las puertas hay, como guardianes, resplandecientes figuras de cuadrúpedos de plata y de oro...»

Así lo dicen los antiguos poemas. Pero ¿quién se hubiera atrevido á creer semejantes realidades? Pues con todo eso, en 1858, el naturalista Enrique Mouhot, que recorría la Indo-China, vió de repente una epopeya de arquitectura desconocida, una fantasía monumental, que aparecía en su camino como un sueño magnífico. Mil voces de antigüedad salían de las más sublimes ruinas que fuera dado contemplar á los ojos de los hombres.

Poseído de emoción, escribió sus impresiones en un libro, que no salió á luz hasta después de su muerte y que el público desdeñó. Los artistas del Oriente, cuyo genio concibió y realizó tales milagros, no debían apasionar á la Europa hasta un poco más tarde, después de la ocupación francesa de los países cambodgianos.

La fabulosa capital no abarcaba menos de trece kilómetros cuadrados: la rodeaban amplios y profundos fosos, y torres sin número en forma de tiaras y semejantes á colosales piezas de orfebrería, se erguían por todas partes, dominando altivamente las galerías de columnatas, de puertas coronadas de espléndidos frontones y caballetes dentados de fantástica crestería.

En las salas se sucedían profusamente los bajo-relieves en que cabalgaban guerreros,

ó danzaban bayaderas, ó se desarrollaban en apropiadas imágenes las dramáticas escenas del *Ramayana*.

Y todo esto rebullía de vida, como todo lo que sale del bosque indio, y se movía en idas y venidas y resonaba de disputas, de contiendas, de canciones y de himnos.

¿Qué Jeremías vendrá á hacer oír en aquel desierto recinto sus dolorosos trenos? *Quomodo sedet sola civitas plena populo!* ¡Cómo ha quedado solitaria la populosa ciudad.

El edificio construído en la Explanada no es sino un pequeño fragmento del extraordinario conjunto. Basta, sin embargo, á darnos una idea de aquella ciudad prodigiosa. Sobre un alto basamento estriban altas galerías, á las cuales se adosan otras galerías más bajas cargando sobre pilares cuadrados. En el centro, servida por una estrecha y rápida escalera, tallada en el granito del basamento, se abre la puerta principal, formada por dos robustos pilares y coronada por un frontón ojival, radiado todo de cien cabezas de hidra que lo envuelven.

Rectamente por encima se amontonan los seis pisos de una torre comparable á un huso colosal, terminando en rodetes rojos y dorados y una aguda aguja.

De piso en piso se repite el extraño motivo del frontón: cada azotea paralela tiene sus salientes de reculada, y por aquí y por allá aparecen bajo-relieves figurando bayaderas que danzan, y de estas repeticiones de motivos y movimientos, de estos paralelismos de erizamientos y recortes, nace una vida arquitectónica intensa y como un hormiguelo de todas las piedras labradas.

Y nuestro sol de estío cae á plomo sobre los rosados muros, sobre las esculturas doradas ó bronceadas y sobre la aguzada aguja de los rodetes de bermellón y oro.

Tendría que hacer notar muchas particularidades del interior, por ejemplo, cómo se ha facilitado el paso del plano cuadrado á la forma redonda en el vértice de la pirámide, y cómo los cambodgianos, por no saber estribar las bóvedas, suelen sostenerlas con vigas transversales.

Tendría que enumerar igualmente los envíos de Cambodge, como, por ejemplo, aparatos de pesca, bronce, preciosas telas bordadas, sables ó espadas y otras armas blancas emponzoñadas, fusiles de pistón, cañones improvisados por los rebeldes de la última guerra y formados con tubos de bambú fortalecidos con hilos telegráficos, etc., etc.

Pero me falta espacio.

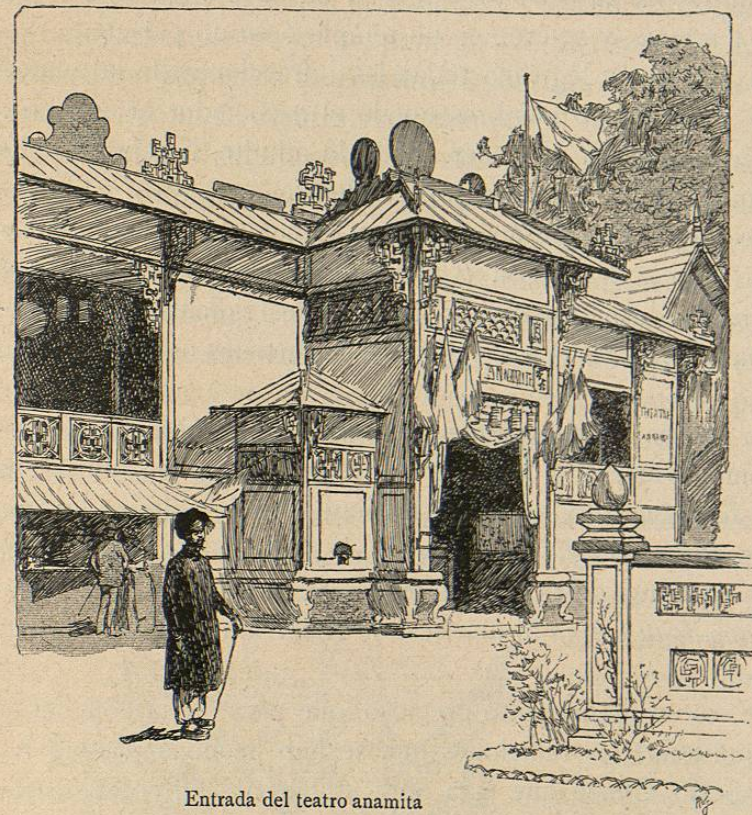
Por otra parte, ¿á qué hablar de comercio en el sagrado templo de Angkor, que un soldado anamita guarda melancólicamente?

L. de FOURCAUD



## EL TEATRO ANAMITA

En cuanto un pueblo llega á cierto grado de civilización, una de sus principales diversiones, ó mejor dicho, su diversión predilecta es el teatro. En todas las zonas del universo, no tiene el hombre mayor ni mejor placer que ver representar las acciones humanas, ora por el lado heroico que eleva su alma, ora por el lado tierno y apasionado que



Entrada del teatro anamita

conmueve su corazón, ó bien por el lado jocoso que divierte su espíritu. Puede decirse del arte dramático que tiene por teclado la humanidad entera. Llorar, reír, cantar, alabar, vituperar, evocar á los individuos, dar el sentimiento de grandes masas que se mueven, explicar los hechos, pintar las costumbres...

Sus formas varían según las épocas y los medios nacionales; pero el fondo es invariable: es siempre la enciclopedia en movimiento de una sociedad, el animado cuadro de sus creencias, de sus opiniones, de sus preocupaciones, de sus aptitudes y tendencias.

En Europa, donde todos los pensamientos se han filtrado y el espíritu de análisis ha acabado por concentrarlo todo y por matar, ó poco menos, el grande hormiguelo de la fantasía, el teatro se ha simplificado y consumido.

No sucede lo mismo en Oriente, donde manteniéndose la ciencia de mejor voluntad en el dominio especulativo, ha permanecido más fresca la poesía, y la imaginación más ingenua.

Con esto se comprenderá que el teatro oriental — y me refiero muy especialmente al de los países indios y chinos — esté tan cerca de los sueños fantásticos y del cuento popu-